

Edgar Allan Poe



El cuervo

Cierta noche aciaga, cuando con la mente cansada,
meditaba sobre varios libros de sabiduría ancestral
y asentía, adormecido, de pronto se oyó un rasgido,
como si alguien muy suavemente llamara a mi portal".
Es un visitante —me dije— que está llamando al portal;
solo eso y nada más”.

¡Ah, recuerdo tan claramente aquel desolado diciembre!
Cada chispa resplandeciente dejaba un rastro espectral.
Yo esperaba ansioso el alba, pues no había hallado calma
en mis libros, ni consuelo a la pérdida abismal
de aquella a quien los ángeles, Leonora, podrán llamar,
y aquí nadie nombrará.

Cada crujido de las cortinas purpúreas y cetrinas
me embargaba de dañinas dudas y mi sobresalto era tal
que, para calmar mi angustia, repetí con voz mustia:
"No es sino un visitante que ha llegado a mi portal;
un tardío visitante esperando en mi portal.
Solo eso y nada más”.

Mas, de pronto me animé y sin vacilación hablé:
"Caballero —dije— o señora, me tendréis que disculpar,
pues estaba adormecido cuando oí vuestro rasgido
y tan suave había sido vuestro golpe en mi portal
que dudé de haberlo oído...", y abrí de golpe el portal:
solo sombras, nada más.

La noche miré de lleno, de temor y dudas pleno,
y soñé sueños que nadie osó soñar jamás,
pero en este silencio atroz, superior a toda voz,
sólo se oyó la palabra "Leonora", que yo me atreví a susurrar...
sí, susurré la palabra "Leonora" y un eco volviola a nombrar.
Solo eso y nada más.

Aunque mi alma ardía por dentro, regresé a mis aposentos,
pero pronto aquel rasgido se escuchó más pertinaz.
"Esta vez quien sea que llama ha llamado a mi ventana;
veré, pues, de qué se trata, qué misterio habrá detrás.
Si mi corazón se aplaca, lo podré desentrañar.
¡Es el viento y nada más!".

Mas, cuando abrí la persiana, se coló por la ventana,
agitando el plumaje, un cuervo muy solemne y ancestral.
Sin cumplido o miramiento, sin detenerse un momento,
con aire envarado y grave fue a posarse en mi portal,
en un pálido busto de Palas que hay encima del umbral;
fue, posose y nada más.

Esta negra y torva ave tocó, con su aire grave,
en sonriente extrañeza mi gris solemnidad.
"Ese penacho rapado —le dije— no te impide ser
osado, viejo cuervo desterrado de la negrura abisal;
¿cuál es tu tétrico nombre en el abismo infernal?"
Dijo el cuervo: "Nunca más".

Que un ave zarrapastrosa tuviera esa voz virtuosa
sorprendiome, aunque el sentido fuera tan poco cabal,

pues acordaréis conmigo que pocos habrán tenido
ocasión de ver posado tal pájaro en su portal.
Ni ave ni bestia alguna en la estatua del portal
que se llamara "Nunca más".

Mas, el cuervo, altivo, adusto, no pronunció desde el busto,
como si en ello le fuera el alma, ni una sílaba más.
No movió una sola pluma ni dijo palabra alguna
hasta que, al fin, musitó: "Vi a otros amigos volar;
por la mañana él también, cual mis anhelos, volará".
Dijo entonces: "Nunca más".

Esta certera respuesta dejó mi alma traspuesta;
"Sin duda —dije—, repite lo que ha podido acopiar
del repertorio olvidado de algún amo desgraciado
que en su caída redujo sus canciones a un refrán:
"Nunca, nunca más".

Como el cuervo aún convertía en sonrisa mi porfía,
planté una silla mullida frente al ave y al portal;
y, hundido en el terciopelo, me afané con recelo
en descubrir qué quería la funesta ave ancestral
al repetir: "Nunca más".

Esto, sentado, pensaba, aunque sin decir palabra
al ave que ahora quemaba mi pecho con su mirar;
eso y más cosas pensaba, con la cabeza apoyada
sobre el cojín purpúreo que el candil hacía brillar.
¡Sobre aquel cojín purpúreo que ella gustaba de usar,
y ya no usará nunca más!

Luego, el aire se hizo denso, como si ardiera un incienso,
mecido por serafines de leve andar musical.
"¡Miserable! —me dije—. ¡Tu Dios estos ángeles dirige
hacia ti con el filtro que a Leonora te hará olvidar!
¡Bebe, bebe el dulce filtro, y a Leonora olvidarás!".
Dijo el cuervo: "Nunca más".

"¡Profeta! -grité-, ser malvado, profeta eres, diablo alado!
¿Del Tentador enviado o acaso una tempestad
trajo tu torvo plumaje hasta este yermo paraje,
a esta morada espectral? ¡Mas, te imploro, dime ya,
dime, te imploro, si existe algún bálsamo en Galaad!"
Dijo el cuervo: "Nunca más".

"¡Profeta! -grité-, ser malvado, profeta eres, diablo alado!
Por el Dios que veneramos, por el manto celestial,
dile a este desventurado si en el Edén lejano
a Leonora, ahora entre ángeles, un día podré abrazar".
Dijo el cuervo: "¡Nunca más!".

"¡Diablo alado, no hables más!", dije, dando un paso atrás;
¡Que la tromba te devuelva a la negrura abisal!
¡Ni rastro de tu plumaje en recuerdo de tu ultraje
quiero en mi portal! ¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho y tu sombra del portal!"
Dijo el cuervo: "Nunca más".

Y el impávido cuervo osado aún sigue, sigue posado
en el pálido busto de Palas que hay encima del portal;
y su mirada, aguileña, es la de un demonio que sueña,
cuya sombra el candil en el suelo proyecta fantasmal;
y mi alma, de esa sombra que allí flota fantasmal,
no se alzaré... ¡nunca más!.

rinconpoetico.com

Extraído de
Música

E. Allan Poe. *El cuervo*. Weblitera.
Sakamoto. *The Revenant*.

REEDICIÓN

Poéticos días, 66.